

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIV

Marzo de 1937

Núm. 141

Puntos de vista

El Congreso de Escritores

La reunión del Congreso de Escritores que se ha verificado por la primera vez en Chile, en los últimos días de marzo, puede y debe producir resultados muy interesantes para la profesión literaria. Ha sido combatido, sin embargo, desde puntos de vista políticos y se ha llegado hasta a negar a los escritores el derecho para reunirse y discutir asuntos relacionados no sólo con su profesión, sino con otras cuestiones que, directa o indirectamente, atañen al porvenir de la función literaria. Por ejemplo, el tema sobre la función social del escritor ha producido algunos comentarios sospechosos. ¿A dónde se quiere llegar con eso de la función social del escritor y qué se quiere probar? Porque lo primero en que se piensa cuando se formula la proposición del escritor frente al drama de su tiempo, es en la postura doctrinaria en que el escritor se coloca. Se piensa en la revolución social, en las luchas de izquierdas contra derechas, en la guerra civil española. Error. ¿Por qué unir tales fenómenos con la naturaleza misma de la función social de escribir para el mayor número de lectores, acerca de temas profundos de la vida nacional?

El hecho de abrir por el vientre una realidad que se mantiene cerrada, y estudiar sus fenómenos sociales, en una novela o en un ensayo, no indica que el escritor deba, necesariamente, ser un hombre que ha tomado una posición política o doctrinaria determinada. Si la realidad está maltrecha y desgastada por el tráfico indigno de

las más altas virtudes que deben adornar a los ciudadanos de una nación, es más pernicioso callar y poner un tupido velo sobre ellas, que mostrarlas para que se busque el modo de remediar los males. Zola es aún más grande en la tribuna lanzando su terrible «Yo acuso» contra la corrupción de la justicia que en el análisis novelesco de las corrupciones físicas en muchas de sus novelas magistrales. Queremos decir que hay un instante en que el escritor, sin dejar de ser un escritor, toma parte en la defensa de aquellos principios morales, sin cuyo perfecto desenvolvimiento una sociedad daría de improviso en el borde mismo de un despeñadero. Mientras el escritor fué simplemente un esteta consagrado a cantar las excelencias que la musa le inspiraba pasó inadvertido, por lo menos entre nosotros. Desde el momento en que anunció que podría interesarse por los problemas sociales, en cuanto estos son susceptibles de ser artísticamente tratados, comenzaron a envolverlo en sospechas.

Lo que influye para esta apreciación errónea es el estado mismo del mundo. La lucha social ha asumido caracteres enconados y se ha creído que todos deben tomar partido por esta o aquella doctrina. Antes de la crisis trágica de 1914, los escritores en su mayoría no discutían de política. Después de aquella masacre inútil de vidas humanas, después de aquel desfile sangriento de injusticias y explotaciones, todos han creído y los escritores con ellos, que se debía tomar un puesto en el combate, a fin de desarrollar una acción que permitiera evitar la repetición de los males que tanto mal han causado a la civilización y a la cultura.

En América, el fenómeno ha tenido un aspecto mucho más inusitado, porque el escritor no había sido considerado en su profesión y apenas se sabía de su existencia por la publicación de libros que no se vendían sino escasamente. Para las democracias americanas el escritor era un ser pintoresco y nada más. Un bohemio del cual se narraban sus aventuras, sus vergüenzas íntimas y sus caídas. No tenía público a sus espaldas, como lo tenía el escritor europeo. Carecía de sostén y de defensa. Sus libros merecían cuan-

do no el desdén, la indiferencia y ediciones de mil ejemplares podrían considerarse como verdaderos fenómenos de publicidad. La opinión de un escritor no tenía importancia, pues, si salvamos las proporciones entre el medio europeo y el americano, cuando un escritor de Europa decía algo, tenía la seguridad de encontrar una masa de lectores que vibraban con él. El aislamiento del escritor americano constituía uno de los fenómenos sociales más desagradables de estas democracias. No debe olvidarse, que para que el escritor del siglo XIX en América pudiera adquirir alguna importancia, tenía que entregarse a la política activa, con lo cual o se malograba el escritor en homenaje al político o éste debía desaparecer para dejar paso sólo al escritor. Lo primero era o fué lo normal. Y por eso el siglo pasado sólo cuenta en cada país con muy pocas figuras literarias interesantes y dignas de mención.

La novela social comenzó a dar un matiz diverso al fenómeno. Estas novelas americanas que tanto se han difundido—«La Vorágine», «Doña Bárbara», «Los de Abajo», «Raza de Bronce», «Huasipungo», «El Roto», etc.—dieron un paso decisivo en la materia, porque pintaron medios sociales en descomposición o razas vencidas y explotadas o profundas lacras consentidas o toleradas en cada pueblo. Esa literatura que se ha sindicado hasta de mal oliente, no ha hecho sino poner en evidencia estados sociales de crisis, en muchos sectores de América. En todas partes se vino a caer en la cuenta de que existían datos y hombres y corrupciones que podían ser señalados al mundo para su extinción o su remedio. Cuando se publicó «La Vorágine» en Colombia, se produjo en la Cámara colombiana un debate interesantísimo sobre la explotación inhumana del trabajador en las caucherías. El novelista había mostrado una pústula, de la que muy pocos tenían noticia en la propia tierra en donde ocurría y los políticos de aquel país, comprendieron que estaban en el deber de ayudar al novelista en su cruzada. ¿No es este uno de los más interesantes aspectos de la función social del escritor? Y no puede negarse que Eustacio Ri-

vera hizo una obra artística de un vibrante estilo y con admirables descripciones de la selva.

Consideramos que los que han negado al Congreso toda importancia y hasta han atacado a los escritores, porque habían inscrito en el programa el tema de la función social del escritor, lo han hecho con espíritu superficial, siguiendo en una moda que pretende que la función social es un mito y que sólo es el encubrimiento de pasiones políticas. En todo caso, los que toman partido por una doctrina lo hacen sin embozos y siguiendo una atracción de su naturaleza. Se entregan a la política activa. Pero eso ya no es función social, en el sentido que le damos. El escritor, en ellos, queda momentáneamente en silencio.

El tema es, evidentemente, de gran importancia, pero muy propenso a las interpretaciones interesadas o parciales. A medida que el drama actual del mundo agudiza sus expresiones, va siendo cada día más y más complicada la posición del escritor y más delicado su rol en la sociedad. Mientras mantenga su independencia para juzgar los fenómenos, podrá decirse que aun está en su verdadero terreno. El espíritu no tolera limitaciones y sólo manteniéndose fiel a la verdad y a la justicia, podrá también mantenerse fiel a sí mismo.

D.